

man, Saavedra y á otros. Andaban las cosas revueltas en los Reyes con la prision de Blasco Nuñez y venida de Gonzalo Pizarro; ca unos querian que llegase Pizarro, otros no querian. Muchos querian matar ó echar de allí al Virey, y muchos soltalle. Quién holgaba con los oidores, é quién no. El Virey temia la muerte y sospiraba por España. Los oidores no sabian qué hacerse, en especial los tres que no se les diera mucho por aquella muerte. Mas al cabo determinaron enviarlo á España, segun al principio pensaron, confiando de sí que se darían tan buena maña en allanar y gobernar la gente, que se tuviese por bien servido el Emperador; y en que el mismo Virey se tenia la culpa de su prision, segun la informacion que enviaban. Acordaron que lo llevase el licenciado Rodrigo Niño ó Antonio de Robles ó Jerónimo de Aliaga, vecinos de los Reyes; pero Cepeda porfió que lo llevase Juan Alvarez, oidor, que lo tenia por mas amigo y por mas letrado, para saber hablar en Castilla é informar al Emperador. Contradijéronlo terriblemente los otros dos oidores; y el licenciado Zárate le dijo delante los oidores y de Alonso Requielme, Juan de Cáceres y García de Saucedo, que estaban en la consulta, que era muy confiado y que no conocia como él á Juan Alvarez; y que los habia de vender. Y quejándose desto el Alvarez, replicó Zárate: «Si juro á Dios que vos nos teneis de vender; y si vos no quedarades acá, Cepeda lo habia de llevar.» Llegó á Lima en este medio Aguirre, gran amigo del fator Guillen Xuares, y dijo malas palabras al Virey; el cual, oyéndolas y entendiendo que llegaba el licenciado Benito de Carabajal, temió que le matasen, y rogó á Cepeda, segun dicen, que lo enviase á España. Cepeda, que lo deseaba, lo envió á la isla que está en el puerto de Lima, mandando al licenciado Niño que lo guardase con otros ciertos vecinos de los Reyes. Cuando Blasco Nuñez vió que lo embarcaban, dijo á Simon de Alcate, escribano, que le diese por testimonio cómo lo enviaban sus propios oidores á una isla despoblada y en una balsilla de juncos para que se ahogase; y que lo echaban de la tierra del Rey para darla á Gonzalo Pizarro. Cepeda mandó al mismo escribano que asentase cómo llevaban al señor Virey porque así lo pidia su señoría, porque no lo matasen sus enemigos por lo que habia hecho; y que aquellas barcas de paja eran los navíos que usan allí; y que iban con él Juan de Salas, hermano de Fernando Valdés, presidente del consejo real de Castilla, el licenciado Niño y otros muchos vecinos de Lima. Así que, lo llevaron á la isla, y lo tuvieron allí ocho días ó mas. Estaba Cepeda congojado por no tener navíos para enviar á España á Blasco Nuñez ni para tener la mar libre y segura. Temia no viniesen Zurbano, Cueto y Vela Nuñez á tomar al Virey, de la isla, y juntando gente, le matasen. Encargó al capitán Pedro de Vergara que con cincuenta buenos soldados procurase de coger las naos de Zurbano, que estaban en Guaura, diez y ocho leguas de Lima. Escogió Vergara cincuenta compañeros y comenzó á buscar en qué ir entre los barcos del puerto que quemara Jerónimo Zurbano; y por no hallar ni saber hacer en qué ir, ca era poco ingenioso, ó por ser cinco las naos, volvió diciéndo que no hallaba quien quisiese ir con él á tal empresa. Cepeda hizo llevar mu-

chas carretas de tablas y otros materiales á la mar, de casa del veedor García de Saucedo; con las cuales adobó de presto algunos barcos; y mandó á su maestre de campo Antonio de Robles que enviase luego gente para tomar las naos. A la noche dijo Antonio de Robles, cenando, á Cepeda que no hallaba soldados para ir á tan peligroso negocio. Respondió Cepeda que tomar cinco naos con treientos mil ducados de Vaca de Castro y del Virey y de otros, que guardaban veinte hombres, no era mucho; mas que él hallaría quien fuese, y que no irían sino aquellos á quien él quisiese enriquecer. A la voz de tanto ducado hubo luego mas de cincuenta soldados que se ofrecieron á ir. Cepeda entonces encomendó el negocio á García de Alfaro, que era hombre diestro en mar; el cual fué á Guaura con veinte y cuatro compañeros, ca en los barcos no cupieron mas; y escondióse entre unas peñas, llegando de noche, á esperar los que iban por tierra. Fueron por tierra Ventura Beltran, señor de Guaura, don Juan de Mendoza y otros pocos; capearon á los navíos. Pensaron los de las naos que eran algunos amigos, y salió á recogerlos Vela Nuñez en dos barcos con la mas gente que tenían. Mas en pasando de las peñas, arremetieron á él los de García de Alfaro, y tornóse atrás. Alcanzóronlo, y rendióse por no aventurar la vida, aunque hizo muestra de quererse defender; y un Piniga, vizcaino, hizo todo su posible por defender el barco en que venia. Con medio de Vela Nuñez tomó Alfaro cuatro naos; que la otra llevara poco antes Zurbano. Llevaron al Virey á Guaura, y metieronlo en una nave con muy buen recaudo. Fué luego el licenciado Alvarez á guardarlo y llevarlo á España con una larga informacion. Diéronle porque fuese seis mil ducados, repartidos entre vecinos de Lima, y todo el salario de un año; con lo cual, y con otras cosas suyas, que vendió, hizo hasta diez mil castellanos; riqueza que nunca pensó. Dieron también á los soldados y marineros de la nao dos mil ducados porque no fuesen descontentos. De la misma manera que dicho habemos, fué preso y echado el virey Blasco Nuñez Vela, al cabo de siete meses que llegó al Perú.

Lo que Cepeda hizo tras la prision del Virey.

Luego que fué preso el Virey, partieron los oidores, segun ya dije, los negocios, y Cepeda, que gobernaba, deshizo las albarradas de la ciudad, que hizo Blasco Nuñez; dió pagas á los soldados y comida, repartió á cada vecino como tenia, hizo y aderezó arcabuces y otras armas, nombró por capitanes de la infantería á Pablo de Meneses, Martín de Robles, Mateo Ramirez, Manuel Estacio, y á Jerónimo de Aliaga de los caballos; por maestre de campo á Antonio de Robles, y á Ventura Beltran por sargento mayor. Ordenó dos provisiones, con acuerdo de los oidores y oficiales del Rey, para Gonzalo Pizarro, en que le mandaba dejar y deshacer la gente de guerra, so pena de ser traidor, si queria venir á los Reyes; y si no queria venir, que enviase procurador con poderes é instrucciones bastantes á suplicar de las ordenanzas, como publicaba; que la Audiencia le oiría y guardaria justicia, pues el Virey, de quien se temia, no estaba allí; envió la una de aquellas provisiones con Lorenzo de Aldana; el cual se comió la provision sin pre-

sentarla; porque si la presentara en el real de Pizarro ó guardara en el pecho, lo ahorcara Francisco de Carabajal, maestre de campo; y aun así lo quiso ahorcar; mas valióle Gonzalo Pizarro, que fueran amigos y prisioneros de Almagro. La otra envió con Augustin de Zárate, contador mayor de cuentas, dándole por acompañado á don Antonio de Ribera, amigo y cuñado de Pizarro; ca era casado con doña Inés, mujer que fué de Francisco Martín, hermano de madre del marqués Francisco Pizarro. Cuando las provisiones llegaron habia muerto Pizarro á Felipe Gutierrez, Arias Maldonado y Gaspar Rodriguez, y no osó ó no quiso fiarse de los oidores, ni deshacer su gente. Envio á Hierónimo de Villegas, que detuviere y atemorizase al contador Zárate para que cuando llegase al real no osase hacer sino lo que él y sus capitanes quisiesen; y por esto Zárate no pudo hacer otra diligencia ni traer mas recaudo del que ellos mismos le dieron; la suma del cual fué que hiciesen los oidores gobernador á Gonzalo Pizarro, si no, que los mataria.

De cómo Gonzalo Pizarro se hizo gobernador del Perú.

Al tiempo que pasaba en los Reyes lo que dicho es entre Blasco Nuñez y los oidores, se aderezó Gonzalo Pizarro en el Cuzco de lo que menester hubo para la jornada que comenzaba. Partióse para el Virey, publicando ir á suplicar de las ordenanzas, como procurador general del Perú. Mas otro tenia en el corazón; y aun lo mostraba en la gente y artillería que llevaba, y en que no quiso acetar los partidos del Virey, que le hacia el provincial. Uno de los cuales era que por el otorgamiento de la suplicacion de las ordenanzas hiciesen al Emperador un buen presente, y otro, que pagasen los gastos hechos sobre aquel caso. De Xaquixaguana se le huyeron á Pizarro Grabiél de Rojas, Pedro del Barco, Martín de Florencia, Juan de Saavedra, Rodrigo Nuñez y otros; mas cuando llegaron á los Reyes estaba ya preso el Virey. Grande alboroto causó la ida de aquellos en el real de Pizarro, que eran principales hombres, y aun el Pizarro temió mucho. Volvió al Cuzco, rehízose de mas gente; y para la pagar tomó dineros y caballos á los vecinos que se quedaban. Dejó por su lugarteniente á Diego Maldonado, y caminó para los Reyes. Topó á Pedro de Puelles y á Gomez de Solís, que le dieron grande ánimo y esperanza, con la mucha gente que llevaban. Vió los despachos del Virey, que llevaba Baltasar de Loaisa, clérigo de Madrid, á Gaspar Rodriguez y á otros; ca se los tomaran los Carabajales cuando de los Reyes huyeron. Vino Loaisa por un perdon ó salvoconduto para muchos que se querian pasar al Virey y temian, y á dar aviso del camino, gente y ánimo que Pizarro traía. El Virey se le dió para todos, salvo para Pizarro, Francisco de Carabajal y licenciado Benito de Carabajal, y otros así; de que mucho se enojaron Pizarro y su maestre de campo; y dieron garrote á Gaspar Rodriguez, Felipe Gutierrez y Arias Maldonado, que se carteaban con el Virey. Este fué el comienzo de la tiranía y crueldad de Gonzalo Pizarro. Quemó dos caciques cerca de Párcos, y tomó hasta ocho mil indios para carga y servicio; de los cuales escaparon pocos, con el peso y trabajo. Espantó á Zárate y á

HA.

Lorenzo de Aldana, segun poco há contamos; y amenazó á los oidores, si no lo hacian gobernador, que era muy contrario al pleito homenaje, que no mucho antes les enviara con el provincial fray Tomas de Sant Martín, y con Diego Martín, su capellan; donde juraba como su voluntad ni la de los suyos era de apelar solamente de las ordenanzas, y obedecer á la Audiencia como á señora, é informar al Emperador de lo que á su majestad cumplia, contándole toda verdad; y que si por sobrecarta mandase guardar y ejecutar sus nuevas leyes, que lo haria llanamente, aunque viesse perder la tierra y los españoles; y que de solo el Virey se temia, por ser hombre recio y favorecedor de las cosas de Almagro. Muchos tuvieron este homenaje por engaño. Llegó Pizarro á la ciudad de los Reyes, y asentó real á media legua, como si la hubiera de cercar y combatir. Pidió la gobernacion, amenazando el pueblo; los mas que dentro estaban querian que se diesen, temiendo la muerte ó el saco, y porque deseaban desterrar para siempre las ordenanzas por aquella via. Cepeda quisiera darle batalla, pues ya no le aprovechaban mañas, por estar suelto el Virey; requirió la gente y capitanes; y como le dijeron que no la podian dar, por habérseles ido á Pizarro muchos de sus soldados, ni convenia al servicio del Rey ni á la seguridad de la tierra, por las muertes que haber podia, lo dejó. Entró Francisco Carabajal en la ciudad, sin contradiccion ninguna de noche. Prendió á Martín de Florencia, Pedro de Barco y Juan de Saavedra, y ahorcólos, porque dejaron á Pizarro; y aun por tomar sus repartimientos, que muy buenos eran; y dijo que así haria á los que no quisiesen al señor Pizarro por gobernador. Mucho temor puso esta crueldad á muchos, y sospecha en algunos, y en otros deseo de Blasco Nuñez; y todos en fin dijeron que recibiesen por gobernador á Gonzalo Pizarro. Cepeda rehusaba, por quedar él en el gobierno, y por no saber cómo lo trataria Gonzalo Pizarro. Mas empero, como no podia ofender ni resistir al contrario, y temia mas al Virey, que libre andaba, que no á otro ninguno, fué del parecer que todos. Entró pues Gonzalo Pizarro en la ciudad de los Reyes por orden de guerra, con mas de seiscientos españoles bien armados, llevando su artillería delante, y con mas de diez mil indios. Plantó los tiros en la plaza, y hizo alto allí con los soldados. Envio por los oidores, que estaban en audiencia en casa de Zárate, por estar enfermo, y dióles una peticion firmada de Diego Centeno y de todos los procuradores del Perú, que con él venian; en la cual les pedian que hiciesen gobernador á Gonzalo Pizarro, por cuanto así cumplia al servicio del Rey, sosiego de los españoles y bien de los naturales. Ellos entonces le dieron una provision de gobernador con el sello real, y á los cabildos otra para que le obedeciesen por consejo y voto de los oficiales del Rey y de los obispos del Quito, Cuzco y Reyes, y del provincial de los dominicos, y tomáronle pleito homenaje que dejaria el cargo en mandándolo el Emperador, y que ejercitaria el oficio bien y fielmente á servicio de Dios y del Rey, y al provecho de los indios y españoles, conforme á las leyes y fueros reales. Pizarro lo juró así, y dió fianzas dello ante Jerónimo de Aliaga. Protestaron del nombramiento y eleccion los oidores Cepeda y Zá-

17

rate, diciendo cómo lo habían hecho de miedo, y asentaronlo en el libro de acuerdo. Tejada dijo que lo hacía de su voluntad, y no forzado; ca temió que lo matarían si contradecía, aunque sospecharon algunos que se hablaban con Pizarro, y que todo aquello era fingido.

Lo que Gonzalo Pizarro hizo en siendo gobernador.

Proveía oficios Gonzalo Pizarro y despachaba negocios por audiencia, en nombre del Rey; empero recelándose mucho de Cepeda, ca pensó que la prision del Virey fuese trato doble, pues ya estaba suelto, y hacia gente en Túmbez con el oidor Juan Alvarez, y porque Juan de Salas, el licenciado Niño y otros, por congraciarse, le decían cuán mañoso, entendido y animoso era, y que lo prendería ó mataría cuando menos pensase, ca por eso sustentó la gente de guerra y procuró darle batalla; y así, dicen que entendía mejor que todos los del Perú la guerra y gobernacion. Dicen tambien cómo Francisco de Carabajal, que gobernaba al Gobernador y otros capitanes del ejército, trataron de matar los oidores, y nombradamente á Cepeda, temiendo que, ó los mataría ó desprivaría si tuviese cabida con el gobernador. Pizarro dijo que tenía por amigo á Cepeda, y que los otros no eran para nada; pero que lo tentasen, preguntándole algo en la consulta de lo que á él y á ellos tocase, y si respondiese á su gusto que se fiasen dél, y si no, que le matasen. Fué Cepeda avisado desto por Cristóbal de Vargas, regidor de Lima, y por don Antonio de Ribera, cuñado y alférez de Pizarro; y hablaba en las consultas tan á favor dellos, que luego ganó la gracia del Gobernador, y vino después á mandarlo todo y á tenerlos debajo el pié, y tener ciento y cincuenta mil ducados de renta. No se daba Pizarro buena maña en contentar la gente, y así se le huyeron en un barco Inigo Cardo, Pero Anton, Pero Vello, Juan de Rosas y otros, y se fueron al Virey, que hacia gente en Túmbez, y hubo sobre ello algun bullicio, y Francisco de Carabajal ahogó al capitán Diego de Gumiel en su casa una noche, y lo sacó después á degollar á la picota, diciendo que con aquello escarmentaría, y lo colgó con un título á los piés, por amotinador. Parece que había hablado libremente contra el Gobernador y maestro de campo, y reprehendido á un soldado que entrando en los Reyes matara á un señor indio con arcabuz por su pasatiempo, el cual miraba la entrada de Pizarro en una ventana de Diego de Agüero. Tomó Pizarro cuarenta mil ducados de la caja del Rey, con acuerdo de los oidores, oficiales y capitanes, para pagar los soldados, diciendo que los pagaría de sus rentas, y que lo hacia tambien por tenerlos sujetos, pues metian prendas, votando que los tomase y diese para contra el Rey. Tambien dicen que repartió un empréstito entre los que tenían indios para sustentacion del ejército; proveyó á muchos, de quien se confiaba, por sus tenientes, como fueron Alonso de Toro al Cuzco, Francisco de Almenaras á los Charcas, Pedro de Fuentes á Arequipa, Hernando de Albarado á Trujillo, Jerónimo de Villegas á Piura, Gonzalo Diez al Quito, y otros á otras villas; muchos de los cuales hicieron por el camino robos y muertes. Armó el navio do estaba preso Vaca de Castro, para

enviar á Túmbez contra el Virey; mas Vaca de Castro se fué con él á Panamá, enviando á decir á Pizarro con un Hurtado, cuán mal lo había hecho en hacerse gobernador, y en descoyuntar con tormentos á sus criados Bobadilla y Perez, por saber del tesoro que no había. Sacó tambien Pizarro poderes de todos los cabildos para el doctor Tejada y Francisco Maldonado, que los escogió por sus procuradores para enviar al Emperador sobre la revocacion de las ordenanzas, y por confirmacion del oficio de gobernador, y á informar á su majestad cómo todo lo sucedido en aquellos reinos fuera culpa del Virey.

De cómo Blasco Nuñez se libró de la prision, y lo que tras ello hizo.

El oidor Juan Alvarez, que, como dicho queda, tomó encargo de llevar preso á España al Virey, lo soltó en Guaura, juntamente con Vela Nuñez y Diego de Cueto, por perdon que le dió, por ganar mercedes del Rey y porque ya estaba rico. Pensó ganar con él como con cabeza de lobo, y aun Blasco de Nuñez pensó que lo tenía todo hecho en verse puesto en libertad; mas después se arrepintió muchas veces, diciendo que Juan Alvarez lo había destruido en soltalle; que si lo llevara á España, el Emperador se tuviera por muy bien servido dél, y el Perú quedara en paz; porque Cepeda se aviniera con Pizarro de otra manera que se avino, si el Virey no se soltara, y Pizarro estuviera por el Rey si el Virey se fuera á España; de manera que á todos hizo mal la libertad del Virey, y mas á él mismo que á otro. y luego á Juan Alvarez, que murió por ello. El daño vióse por el suceso; que la intencion y principio buenos fueron. Fuése pues Blasco Nuñez, como estaba suelto, á Túmbez, donde hizo gente y audiencia, llamando los pueblos comarcanos. Tomó todo el dinero del Rey y de mercaderes que pudo, en Túmbez, Puerto-Viejo, Piura, Guayaquil y otros. Envio á Vela Nuñez por dineros á Chira; el cual se hubo mal en el camino, y ahorcó un soldado bracamoro dicho Argüello. Envio á Juan de Guzman por su gente y caballos á Panamá; despachó á Diego Alvarez Cueto á España con una muy larga carta para el Emperador, de cuanto le había sucedido hasta entonces con los oidores y con Gonzalo Pizarro, y con los otros españoles que perseguido le habían. Muchos acudieron á Túmbez á la fama de la libertad y ejército del Virey, y otros á su llamamiento. Vino Diego de Ocampo con muchos de Quito, don Alonso de Montemayor con los que se huyeron de Pizarro, y Gonzalo Pereira con los que estaban en los Bracamoros, al cual saltaron una noche Jerónimo de Villegas, Gonzalo Diez de Pinera y Hernando de Albarado, y lo ahorcaron, tomando los de Bracamoros que venian al Virey, y en Túmbez comenzaron á temer con esto. Sobrevino Hernando Bachicao por mar, y acometiéndolos con mas ánimo que gente, por lo cual huyó de allí Blasco Nuñez, y aun por desconfiar de los que con él estaban; ca ciertos dellos le hacian y hicieron tratos dobles con Pizarro. Llegó á Quito Blasco Nuñez muy fatigado porque no hallara de comer en mas de cien leguas que hay de Túmbez allá; pero fué bien recebido y proveido de dineros, armas y caballos; por lo cual prometió de no ejecutar

las ordenanzas. Hizo arcabuces y pólvora, envió por Sebastian de Benalcázar y por Juan Cabrera, que trajeron muchos españoles; por manera que allegó en poco tiempo mas de cuatrocientos españoles y muchos caballos. Hizo general á Vela Nuñez, capitanes de caballo á Diego de Ocampo y á don Alonso de Montemayor, y de peones á Juan Perez de Guevara, Jerónimo de la Serna y Francisco Hernandez de Aldana, y maestro de campo á Rodrigo de Ocampo. Llegaron en aquesto á Quito ciertos soldados de Pizarro, que dijeron cómo estaba muy malquisto de todos los de Lima, y que si el Virey fuese allá se le pasarian los mas del ejército; y á la verdad ello fué así al principio que entró en la gobernacion; mas entonces era muy al contrario. Blasco Nuñez lo creyó, y queriendo probar ventura, caminó para los Reyes á grandes jornadas. Supo cómo en la sierra de Piura estaban Jerónimo de Villegas, Hernando de Albarado y Gonzalo Diez, capitanes de Pizarro, con mucha gente, mas no junta. Fué callando, amaneció sobre ellos, y como los tomó á sobresalto, desbaratolos fácilmente. Usó de clemencia con los soldados por cobrar fama y amor, ca les volvió su ropa, armas y caballos, con tal que le ayudasen. Quedó Blasco Nuñez con este vencimiento muy ufano, y los suyos muy soberbios; que así es la guerra. Entró en San Miguel, hizo justicia de algunos pizarristas; que de los suyos no osó, aunque saquearon el lugar; reparó las armas, haciendo algunas de cuero de bueyes, y acrecentó su gente de tal manera que pudiera defenderse del contrario, y aun ofenderle.

Lo que Hernando Bachicao hizo por la mar.

No se hallaba seguro Gonzalo Pizarro con saber que Blasco Nuñez Vela estaba suelto, y juntaba gente y armas en Túmbez, y para se asegurar de la Audiencia, que siempre la temia, pensó cómo la deshacer, y desbízola con enviar á España, so color de su procuracion, al doctor Alison de Tejada, y porque fuese dióle cinco mil y quinientos castellanos en rieles de oro y pedazos de plata, y el repartimiento de Mesa, vecino del Cuzco, que con Blasco Nuñez estaba. Casó á su hermano de madre, Blas de Soto, con doña Ana de Salazar, hija del licenciado Zárate, por tenerlo de su mano; aunque por via de temor poco caso hacia dél, que andaba muy malo. A Cepeda traíale consigo. Quiso tambien Pizarro señorear la mar por asegurar la tierra; y como no tenía naos ni las había, armó dos bergantines con cincuenta buenos soldados, é hizo capitán dellos á Hernando Bachicao, hombre de gentil denuedo y apariencia, que lo escogieran entre mil para cualquiera afrenta; pero coharde como libre; y así, solia él decir: «Ladran, pese á tal, y no morder.» Era hombre bajo, mal acostumbrado, rufian, presuntuoso, renegador, y que se había encomendado al diablo, segun él mismo decia; gran allegador de gente baja y mayor amotinador; buen ladrón por su persona, con otros, así de amigos como de enemigos, y nunca entró en batalla que no huyese. Tal lo pintan á Bachicao; pero él hizo una jornada por mar, de animoso capitán; porque, partiendo de Lima con dos bergantines y cincuenta compañeros, entró en Panamá con veintiocho navios, cuatrocientos soldados. De Lima fué Bachicao á Trujillo, y allí tomó y robó tres navios.

En Túmbez salió á tierra con cien hombres, y tan denodadamente, que hizo huir al virey Blasco Nuñez Vela, que tenía doblada gente y mejor armada: muchas veces quien acomete, vence. Pensó el Virey que traía Bachicao trecientos soldados, y no se confiaba de algunos que consigo tenía, y que después castigó de muerte. Robó el pueblo y no mató á nadie; pero dicen que llevaba mandamiento de matar al Virey. Tomó luego siete mil y ochocientos pesos de oro á Alonso de Sant Pedro, natural de Medellín. Tomó después una nao, y prendió á Bartolomé Perez, capitán della por el Virey. Hubo en Guayaquil la ropa del licenciado Juan Alvarez, ya que á él no pudo, por huir á uña de caballo. En Puerto-Viejo tomó los navios que había, saqueó el lugar, soltó á Joan de Olmos y á sus hermanos, prendió á Santillana, teniente del Virey, afrentaba á quien no le daba obediencia y comida; iba tan soberbio, que temblaban dél do quiera que llegaba. En Panamá hubo gran miedo de Bachicao, porque Juan de Llanes, que fué huyendo dél, contó sus maldades, aunque no las sabia todas. Juan de Guzman, que hacia gente para el Virey, y otros muchos, no lo querían acoger en el puerto. Los vecinos y mercaderes no se querían poner en armas por no perder las mercaderías que allí y en el Perú tenían. Estando en esto, enviélos á decir Bachicao que no iba mas de á poner allí los procuradores del Perú que pasaban al Emperador, y que luego se volvería sin les hacer daño ni enojo. Pedro de Casaos, que gobernaba la ciudad, dijo que no debían impedir el paso á los embajadores ni dar ocasion que hubiese guerra ni muertes de hombres; y así, se salieron Juan de Guzman en un bergantín, y Juan de Llanes en su nao, viendo cerca á Bachicao, el cual entró en el puerto con seis ó siete naos, llevando colgado de una antena á Pedro Gallego, de Sevilla, porque no amainó las velas de su nao á viva Pizarro, y aun mató dos hombres combatiendo aquella nao. Apoderóse de mas de veinte navios que allí estaban; huyeron muchos vecinos viendo tales principios; echó en tierra sus soldados, y entró en Panamá en ordenanza con son de atambores, pífaros y chirimías, y tirando arcabuces por alto, y aun uno pasó el brazo á Francisco de Torres, que los miraba de su ventana. Apaño luego la artillería, y atrajo los soldados que Juan de Guzman hacia, dándoles de comer á costa del pueblo, y ofreciéndoles pasaje franco al Perú, y así tuvo en breve mas de cuatrocientos soldados y veinte y ocho navios. Tomaba los dineros y ropa que se le antojaba á los vecinos y mercaderes; vendía licencias para ir al Perú, comia á discrecion; en fin, hacia como capitán de tiranía. El doctor Tejada, que á todo esto fué presente, y Francisco Maldonado, se fueron al Nombre de Dios, y luego á España; mas el doctor se murió antes de llegar á ella. Visto cuán disoluto y dañoso andaba Bachicao, trataron muchos de matarle. Adelantóse Bartolomé Perez por ganar la honra, ó porque lo había querido ahorcar en Túmbez, y conjuróse con el capitán Antonio Hernandez y con el alférez Cajero, los cuales, no se atreviendo, requirieron á un Marmolejo, que descubrió el secreto. Bachicao, desde lo supo, degollólos á todos tres el mismo día que matarlo querian, y degollara á Luis de Torres, á don Pedro de Cabrera, á Cristóbal de Peña, á Her-

nando Mejía y á otros que los hallaba culpados, si no hubieran. Con tanto se volvió Bachicao para el Perú en cabo de cuatro meses, que á costa y daño de los vecinos estuvo en Panamá. Desembarcó en Guayaquil con cuatrocientos hombres, por carta que de Pizarro tuvo para ir contra el Virey.

De cómo Gonzalo Pizarro cobrió á Blasco Nuñez Vela.

Determinó Gonzalo Pizarro, después de partido Bachicao, de ir contra el Virey; ca le iba su vida en la muerte ó destierro de Blasco Nuñez. Puso tenientes en todos los pueblos que tuviesen la tierra por él; dijo á los mas principales de cada lugar que le siguiesen, por meterlos en la culpa; y así, fueron con él Pedro de Hinojosa, Cristóbal Pizarro, Juan de Acosta, Pablo de Meneses, Orellana y otros vecinos de los Charcas. De Guamanga, Vasco Xuarez, Garci Martinez, Garay y Sosa. De Arequipa, Lucas Martinez con otros. Del Cuzco, Diego Maldonado el Rico, Pedro de los Rios, Francisco de Carabajal, que era maestro de campo, Garcilaso de la Vega, Martin de Robles, Juan de Silvera, Benito de Carabajal, Garcia Herrezuelo, Juan Diez, Antonio de Quiñones, Porras, y otros muchos. De Lima, Guanuco, Chachapoyas y otros pueblos fueron los mas vecinos. Vino á los Reyes Pedro Nuñez, un fraile buen arcabucero, de quien ya en otra parte hablamos, que solicitaba el bando de Pizarro, con la nueva del desbarato que habian hecho Hernando de Albarado, Gonzalo Diez, Hierónimo de Villegas, de la gente de los Bracamoros que llevaba Gonzalo Pereira al Virey; por lo cual se partió luego Pizarro, dejando en Lima por su lugarteniente á Lorenzo de Aldana. Fué por mar hasta Santa Marta en un bergantín con los licenciados Cepeda, Niño, Leon, Carabajal y bachiller Guevara, y con Pedro de Hinojosa, Blasco de Soto y otros criados suyos. El mismo dia que llegó á Trujillo llegó tambien Diego Vazquez, natural de Avila, con la nueva que Blasco Nuñez desbaratará á Gonzalo Diez, Hernando de Albarado y Hierónimo de Villegas cerca de Piura, y se tomara la mas gente, y que habian muerto Gonzalo Diez de hambre por huir, y Albarado á manos de indios. Pesó mucho desto á Pizarro, por las fuerzas que iba cobrando el Virey. Llamó á consejo sus letrados y capitanes sobre lo que hacer debía, y determinaron ir al Virey, que estaba en Sant Miguel, con los pocos que eran, y porque no fuesen sentidos, enviaron al capitan Juan Alonso Palomino con doce buenos soldados á tomar el camino. Hubo muchos hombres ricos que de miedo dijeron cómo era locura ir sobre Blasco Nuñez con tan poca gente, y que enviasen primero por Bachicao; mas como llegase á otro dia Francisco de Carabajal, y confirmase lo acordado, salieron de Trujillo. En Colbique se les juntaron Gomez de Albarado y Juan de Saavedra con los que traian de Guantuco, Levanto y Chachapoyas; de Motupe envió Pizarro á Juan de Acosta con veinte y cuatro de caballo, hombres de confianza, por el camino de los Xuagueyes, que es el real, pero sin agua; y él con todo el campo fué por Cerran, que es otro camino para ir á Piura, mas á la sierra, á fin que Blasco Nuñez acudiese á Juan de Acosta, pensando que iba por allí todo el ejército; mas deshízole su ardid un

yanacona de Joan Rubio que iba con Joan de Acosta; ca fué preso de los contrarios yéndose á Piura, su naturaleza, y dijo lo que hacia Pizarro. Blasco Nuñez tuvo miedo de que lo supo, y buyo al Quito por el camino de Caxas. Salieron á él los de Sant Miguel, que andaban por los montes, y tomaronle gran parte del bagaje, diciendo que se pagaban del saco. Pizarro dijo luego aquella tarde á Francisco de Carabajal, delante Hinojosa y Cepeda, cómo queria enviar á Joan de Acosta con ochenta buenos arcabuceros tras el Virey, que le dijese su parecer. El respondió que le parecia tan bien, que lo habia querido hacer él; y preguntado cómo lo pensaba hacer, dijo: «¿A mí me lo dice vuestra señoría? (que era su manera de hablar). Yo los tomaré á todos como en red barredera.» Díjole Pizarro entonces que tenia ganado el juego si lo alcanzaba; por tanto, que caminase toda la noche; ca si hallaba sin centinelas á los enemigos, podia matar cuantos quisiese; y si en la sierra, que los entretuviese por aquellos estrechos pasos hasta el dia, que todo el campo seria con él. Fué pues Carabajal con mas de cincuenta de caballo, y alcanzó los enemigos, tres horas de noche, durmiendo tan descuidadamente, que certísimo los mataba y prendía si quisiera. Mas él no queria acabar la guerra, sino sustentarla, por tener mando y señorío. Tocó arma con un trompeta que llevaba, contra el parecer de los suyos, que alancearlos querian viéndolos adormidos. Blasco Nuñez sintió el negocio, diciendo que Carabajal usaba de maña, y como valiente hombre, se puso á la defensa, tomando, á par de sí, á su primo Sancho Sanchez de Avila y á Figueroa de Zamora, que eran muy esforzados; mas viendo ciar los contrarios, se fué á su paso y orden. Carabajal, que lo vio ido, prendió ciertos del Virey, ahorcó algunos, y esperó al ejército. Estuvieron tan mal con él porque no peleó con Blasco Nuñez, Pizarro y todos, que le mandaban cortar la cabeza; y se la cortarán, sino por Cepeda y Benito de Carabajal, que se les encomendó. Pizarro mandó seguir el Virey al licenciado Carabajal con docientos hombres, por serle tan enemigo, que haria el deber. El licenciado fué muy alegre dello, así por tornar en gracia de Pizarro, como por ir á vengar la muerte del fater su hermano, ca le quitara el repartimiento de indios, y le pusiera la soga á la garganta, mandándole confesar. Pidió á Francisco de Carabajal un escogido puñal que tenia, juró si alcanzaba al Virey de matarlo con él. Caminó mucho, y antes de Atabaca, que son catorce leguas desde Caxas y de áspero camino, tomó mucha gente del Virey, y él se le escapó con hasta setenta, muchos de los cuales le siguieron por miedo de Pizarro, y no por amor del Rey; siendo de los de Chili y de los renegados que llamaban. El maestro de campo Carabajal, que iba con el licenciado, ahorcó en Ayabaca á Montoya, que traia cartas del Virey á Pizarro; á Rafael Vela, mulato, pariente de Blasco Nuñez, y á otros tres vecinos de Puerto-Viejo y de allí. Leyó Pizarro las cartas del Virey públicamente, y contenian que le pagase lo que habia gastado suyo y del Rey y de particulares en las guerras, y que se iría á España; de lo cual, ó por otras cosas que dirian, se enojó, y mandó matar al Montoya, y envió tras Blasco Nuñez á Juan de Acosta, con sesenta compañeros de

caballo á la ligera, porque aguijasen. El Virey anduvo lo posible hasta Tumbamba con tanto trabajo y hambre cuanto miedo; alanceó á Jerónimo de la Serna y á Gaspar Gil, sus capitanes, sospechando que se carteaban con Pizarro, y diz que no hacian; á lo menos Pizarro nunca recibió carta dellos entonces. Hizo tambien matar á estocadas, por la mesma sospecha, á Rodrigo de Ocampo, su maestro de campo, que no le tenia culpa, segun todos decian, y que no se lo merecia, habiéndole sustentado y seguido. Llegado á Quito, mandó al licenciado Alvarez que ahorcase á Gomez Estacio y Alvaro de Carabajal, vecinos de Guayaquil, porque conjuraron de matarle, y de hecho lo mataran, que eran valientes y osados y no les faltaba favor, sino que manifestó la traición Sarmiento, cuñado del Gomez, y sin esto, merecia cualquiera castigo, ca en Tumbamba se fué á Bachicao, y viendo la poca y ruin gente que traia, se volvió al Virey con achaque que iba por sus caballos. Supo luego el Virey cómo Bachicao se habia juntado con Pizarro en Mulimbato, y que caminaban al Quito á perseguirle, y fuése á Pasto, cuarenta ó mas leguas de Quito, que es en la provincia de Popayan, pensando que no irian mas tras él. Pizarro fué tambien á Pasto con su ejército; mas cuando llegó era ido Blasco Nuñez á Pompayan casi sin gente. Envió en seguimiento dél al licenciado Carabajal, aunque deseó ir Francisco de Carabajal por enmendar lo de la otra vez; mas el licenciado se volvió presto con algunos hombres y ganado, que tomó al Virey; y con tanto se volvió Pizarro al Quito, habiendo corrido á Blasco Nuñez de todo el Perú. Quiso tambien matar entonces el Virey un Olivera, que habia sido su paje, y aun por mandado de Pizarro (segun la fama); el cual no siendo cuerdo ni aun valiente, se descubrió á Diego de Ocampo para que le ayudase, con decir que así vengaria la muerte de su tío Rodrigo de Ocampo. El Virey lo mandó matar, por mas que prometia de matar él á Gonzalo Pizarro.

Lo que hizo Pedro de Hinojosa con el armada.

Eran tantas las quejas que daban á Pizarro sobre los agravios y robos de Bachicao, que se determinó en consejo que fuese otro capitan hombre de bien á pagarlos, ó en la mesma ropa ó en dineros del mesmo Pizarro. Llamaban de Pizarro todo lo que tenia entonces. Hubo dificultad y negociacion sobre quién iria; ca Pizarro y los mas querian que fuese Pedro de Hinojosa, hombre de bien y valiente; Francisco de Carabajal y Guevara, capitan de arcabuceros, Bachicao, que tenia las voluntades de la mayor parte de ejército, y otras principales personas querian que volviese el mesmo Bachicao; así que, Pizarro no todas veces hacia lo que queria, sino lo que podia. Habló á Martin de Robles y á Pedro de Puelles, que mal estaban con Carabajal y Bachicao porque llevaban tras sí los mas soldados, para que hiciesen, juntamente con Cepeda, en la consulta, que Bachicao no fuese. Cepeda, teniendo palabra dellos que serian con él, dijo muchas razones por do no cumplia que volviese Bachicao, sino Hinojosa; y así, lo eligieron. Bachicao, que á todo fué presente, calló; Carabajal replicó, pero no prevaleció. Tomó Pedro de Hinojosa la armada para ir á Panamá y pagar buena-

mente lo que Bachicao tomara, y para no dejar juntar un navio con otro en toda aquella costa; ya tenian por cierto, como era, que siendo señor del mar, señorearia la tierra. Llegando á Buenaventura, prendió á Vela Nuñez, que hacia gente para su hermano, y á otros muchos, y cobró un hijo de Gonzalo Pizarro que allí tenian, y veinte mil castellanos, con que compraban caballos y armas para el Virey. Antes de llegar á Panamá escribió al cabildo con Rodrigo de Carabajal la intencion que llevaba; mas no le creyeron, y Joan de Llanes, Joan Fernandez de Rebolledo, Joan Vendrell, catalan; Baltasar Diez, Arias de Acebedo y Muñoz de Avila, vecinos de la ciudad, llamaron á Pedro de Cascos que trajese gente del Nombre de Dios, donde estaba; el cual vino y se puso á la defensa con los que trajo y con los que allí habia; y respondieron que, hostigados de Bachicao, no le querian recibir con toda la gente y flota; mas que, dejando los navios en Taboga, isla, y viniendo con solos cuarenta hombres que bastaban para compañía, lo recibirian y hospedarian en tanto que pagaba los robos de Bachicao. El, no aceptando tal condicion, tomó los navios del puerto, y requirió á los de la ciudad con un fraile, que lo acogiesen de paz, pues no venia á les hacer mal, sino bien. Ellos, no fiándose del fraile, pidieron caballeros y hombres honrados con quien tratar el negocio: él les envió á Pablo de Meneses y al mesmo Rodrigo de Carabajal; mas antojándosele que tardaban, caminó para la ciudad, topólos; y como le dijeron que los de Panamá en armas estaban, desembarcó una legua de la ciudad, sacó la gente á tierra, caminó con ella en escuadron, llevando cerca las barcas con artillería. Pedro de Cascos, Juan de Llanes y otros capitanes sacaron su gente y artillería hácia Hinojosa. Como á vista unos de otros llegaron, se ordenaron todos á la batalla; los de Panamá eran mas personas; los de la flota mas arcabuceros, y tenian ventaja en el sitio y barcas: ya los escuadrones querian arremeter, cuando don Pedro de Cabrera y Andrés de Areiza, diciendo: «Paz, paz,» fueron á demandar treguas al Hinojosa para entre tanto dar un buen corte en aquel negocio, y concertaron con él que enviase toda la flota y gente á Taboga, y entrase con cincuenta compañeros en la ciudad. El lo hizo así, y otro dia entró, con placer de todos, y comenzó á entender á lo que iba: envió á Lima presos á Vela Nuñez, Rodrigo Mejía, Lerma, Saavedra, que después degolló Pizarro; hacia ó decia cosas por donde los soldados de la ciudad se fueron á Taboga. Llanes se le quejó dello; y viendo que todos acostaban al bando de Pizarro, entregó las armas, municion y artillería que tenia, al cabildo y al doctor Ribera, juez de residencia; y fuése á Santa Marta con algunos que seguirle quisieron. Estaba entonces en Nicaragua Melchor Verdugo haciendo gente para Blasco Nuñez, el cual habia tomado dineros y un navio á los de Trujillo, con mandamiento del Virey; é ido allí Hinojosa, por ser contra Pizarro, envió allá á Joan Alonso Palomino con una nao bien armada de hombres y tiros, para echar á fondo los navios de Nicaragua, si no quisiesen dársele. Palomino fué y tomó los navios que halló, y volvióse; Verdugo metió en ciertas barcas ochenta españoles, y fuése por el desagadero.

de la laguna al Nombre de Dios, con propósito de dañar por allí el partido de Pizarro y de Francisco de Carabajal, que mal quería; entró casi sin que lo viesen, cercó y puso fuego á las casas de Hernando Mejía y de su suegro don Pedro de Cabrera, que allí estaban con gente por Hinojosa y Pizarro: ellos huyeron á Panamá, y él se apoderó del lugar y hizo lo que quiso con trecientos soldados que juntó. Quejaronse los vecinos del Nombre de Dios al doctor Ribera de los daños, costa y agravios que Verdugo les hacia en su jurisdicción: él pidió favor á Hinojosa para lo castigar; Hinojosa le dió ciento é cuarenta arcabuceros, y se fué con él: tomaron las escuchas de Verdugo, y sabiendo cuán pujante y fuerte estaba, lo requirió el doctor que se fuese de allí, haciendo primero enmienda de los daños y gastos hechos; y como le respondió soberbiamente, arremetieron á ellos arcabuceros de Hinojosa, y retrajéronlo á la mar, donde tenia una nao y barcos á tierra pegados, hiriendo y matando. Verdugo, aunque peleó bien con sus trecientos hombres, se metió en la nao é huyó; Hinojosa dejó allí á don Pedro de Cabrera y á Hernán Mejía como antes los tenia, y volvióse á Panamá.

Robos y crueldades de Francisco de Carabajal con los del bando del Rey.

Lope de Mendoza, enojado porque le habían quitado su repartimiento, empujó á Diego Centeno, de Ciudad-Rodrigo, alcalde de la villa de la Plata, en que matasen á Francisco de Almendras, teniente de Pizarro, y se alzasen por el Rey. Centeno, que muy contento se estaba, vino en ello por no ser notado de traidor y cobarde; ca era valiente hombre, y juntó en su casa secretamente á Lope de Mendoza, Luis de León, Diego de Rivadeneyra, Alonso Perez de Esquivel, Luis Perdomo, Francisco Negral, y otros cuatro ó cinco, y díjoles que quería matar á Francisco de Almendras, que había quitado los repartimientos á muchos y muerto á don Gomez de Luna, y alzarse por el Rey con aquella villa y tierra: ellos, loando la determinación, respondieron que le ayudarían; él entonces se fué con Lope de Mendoza, que le había puesto en aquello, á casa del Francisco de Almendras, su vecino y amigo; díjole que había sabido cómo el Virey tenía preso á Gonzalo Pizarro en el Quito; y como se turbó con la nueva, abrazóse con él diciendo: «Sed preso.» Sobrevinieron sus diez compañeros, é degolláronlo, con un criado suyo y con otros que loaran la prisión del Virey; pusieron la justicia y bandera por el Emperador, é hicieron capitán general á Diego Centeno; el cual convocó gente de guerra, dióle paga de su hacienda y de la del Rey, tomó por maestro de campo á Lope de Mendoza y por sargento á Hernán Núñez de Segura; pregonó guerra contra Pizarro, y caminó para el Cuzco con docientos españoles á caballo y á pié, pensando hacer allí otro tanto; mas como salió á él Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Pizarro, con trecientos hombres, dió la vuelta, y como le dejaron por ella los soldados, metióse á las montañas, no osando parar en los Charcas. Alonso de Toro lo siguió, robó los Charcas, puso en la Plata con gente á Alonso de Mendoza, y tornóse al Cuz-

co, donde ahorcó á Luis Alvarez y degolló á Martín de Candía porque hablaban mal de Pizarro. Diego Centeno, des que lo supo, volvió sobre la Plata, rogó á Alonso de Mendoza que, pues era caballero, siguiese al Rey; y como no lo quiso escuchar, ganó la villa, reformó el pueblo, rebizo el ejército, púsose en campo. Alonso de Mendoza se retiró con treinta hombres casi cien leguas sin perder un hombre. Es Alonso de Mendoza uno de los señalados hombres de guerra que hay en el Perú, con quien ninguna comparación tenía Centeno ni Carabajal. Sabiendo Gonzalo Pizarro la muerte de Francisco de Almendras y alzamiento de Centeno, por carta de Alonso de Toro, que trujo Machín de Vergara, envió del Quito á la Plata, que hay quinientas leguas, á Francisco de Carabajal con gente á castigar á Centeno y á los otros que contra él se habían mostrado. Carabajal fué robando la tierra so color de pagar su gente y los gastos de Pizarro hechos contra Blasco Nuñez; ahorcó en Guamanga cuatro españoles sin culpa, y en el Cuzco cinco, entre los cuales fueron Diego de Narvaez, Hernando de Aldana y Gregorio Setiel, hombres riquísimos y honrados; tomóles sus repartimientos, diólos á sus soldados, y caminó para Centeno, publicando que no le quería hacer mal, sino reducirlo en gracia de Pizarro. Centeno rehusó su vista y habla; dejó en Chaián, donde tenía el real, á Lope de Mendoza con la infantería, y salió al camino con ciento de caballo; dió sobre Carabajal una noche apellidando al Rey, ca pensaba que se le pasarían muchos oyendo aquella voz, entre tanto que decían: «¡Arma, arma!» empero ninguno se le pasó. Trabajó una escaramuza, como fué salido el sol, por el mismo efeto; mas como los vió tan firmes, tornóse á Chaián, desconfiado de poder guardar la tierra por el Rey. Carabajal corrió tras él, desbaratóle y siguióle hasta Arequipa, que hay ochenta leguas, ahorcó en el alcance doce españoles, y los mas sin confesión. Diego Centeno, aunque iba huyendo, levantaba la tierra contra Pizarro, diciendo que se guardasen del cruel Carabajal; hizo escribir á don Martín de Utrera una carta para el Cuzco, en que decía cómo Diego Centeno había muerto á Francisco de Carabajal, y que iba sobre ellos. Alonso de Toro creyó la carta, por ser vecino de aquella ciudad el don Martín, y huyó dende con los mas que pudo; pero luego tornó, sabida la verdad, y ahorcó á Martín de Salas, que alzó banderas por el Rey, y á Martín Manzano, Hernando Díez, Martín Fernandez, Baptista el Galán, y Sotomayor, y otros que mostrado se habían contra Pizarro. De que Centeno tan perseguido se vió de Carabajal, y con no mas de cincuenta compañeros, envió los quince con Diego de Rivadeneyra por un navío en que salvarse; mas no le dió tanto vagar su enemigo; y como se vió perdido y casi en las manos de Carabajal, lloró con sus treinta compañeros la desventura del tiempo; abrazólos, y rogándoles que se guardasen del tirano, se partió dellos, y se fué á esconder con un su criado y con Luis de Ribera á unos lugares de indios que tenía Cornejo, vecino de Arequipa: cada uno echó por do mejor le pareció, temiendo morir presto á cuchillo ó hambre. Lope de Mendoza se fué con doce ó quince dellos á unos pueblos suyos, juntó hasta cuarenta españoles; y que-

riendo meterse con ellos en los Andes, que son asperísimas sierras, supo de Nicolás de Heredia, que venia con ciento y cuarenta hombres, de la entrada que hicieron Diego de Rojas y Felipe Gutierrez el río de la Plata abajo en tiempo de Vaca de Castro, y juntóse con él, y entrambos se hicieron fuertes y á una contra los pizarristas. Carabajal fué con sus cuatrocientos soldados en sabiéndolo, y púsose á vista como en cerco. Lope de Mendoza, confiando en muchos caballos que tenía, dejó el lugar fuerte, por ser áspero ó porque no le cercasen y tomasen por hambre, y asentó real en un llano. Carabajal, con un ardido que hizo, se metió en la fortaleza, escarnesciendo la ignorancia de los enemigos. Lope de Mendoza, queriendo enmendar aquel error, con osadía acometió la fortaleza luego aquella noche con los peones por una puerta, y Heredia por otra con los caballos: los de pié entraron gentilmente y pelearon matando y muriendo; los de caballo no atinaron á la puerta con la gran escuridad de la noche, y conviánesse retirar y huir. Carabajal fué herido de arcabuz en una nalga malamente; mas ni lo dijo ni se quejó hasta vencer y echar fuera los enemigos: curóse y corrió tras ellos; alcanzólos á cinco leguas, orillas de un gran río; y como estaban cansados y adormidos, desbaratólos fácilmente; prendió muchos, ahorcó hartos, y degolló al Lope de Mendoza y á Nicolás de Heredia; despojó los Charcas, saqueó la Plata, ahorcando y descuartizando en ella nueve ó diez españoles de Lope de Mendoza que halló allí; fué á Arequipa, robóla y ahorcó otros cuatro; caminó luego al Cuzco, y ahorcó otros tantos. Hacia tantas crueldades y bellaquerías, que nadie osaba contradecirle ni parecer delante.

La batalla en que murió Blasco Nuñez Vela.

Después de lanzado el Virey, y despachados Hinojosa á Panamá y Carabajal contra Centeno, se estuvo Gonzalo Pizarro en Quito, festejando damas y cazando, y aun dijeron que matara un español por gozar de su mujer; y Francisco de Carabajal le dijo, á la que se partía, que se hiciese y llamase rey si quería bien librar, ó porque siempre fué deste consejo, ó por soldar la quiebra de no acabar al Virey en Caxas: tomó aviso de lo que Blasco Nuñez hacia en Popayan, y procuró de engañarlo, y engañólo desta manera: tomó los caminos para que nadie pasase á él sino por su mano, publicó que se volvía á Lima, y porque lo creyesen en Popayan, hizo á unas mujeres de Quito escribir á sus maridos, que allí estaban, cómo era vuelto. Esto negoció Puelles, que por ausencia de Carabajal era maestro de campo. Lo mismo escribió una espía del Virey, que tomaron por dádivas y por miedo. Blasco Nuñez creyó, por las muchas cartas, que Pizarro era vuelto á lo de Centeno, considerando la razón que había para no dejar la riqueza y grandeza del Perú en aquellas alteraciones, por guardar la frontera de Quito. Había llegado Blasco Nuñez á Popayan muy destrozado, y aun en el camino se comiera ciertas yeguas por hambre. Maldijo la hora que al Perú viniera y los hombres que halló en él, tan corajudos y desleales. Quería vengar su saña, y no tenía posibilidad; sintió mucho la prisión de su hermano Vela Nuñez, y pérdida de los veinte mil castellanos que

Hinojosa tomara. No confiaba de todos los que tenía; pero no perdía esperanzá de prevalecer en el Perú, entrando en Quito y después en Trujillo; y así, como creyó que Pizarro se había tornado á los Reyes, se aderezó para entrar al Quito con hasta cuatrocientos españoles, que bastaban para trecientos que había allí, según decían; y por mucho que algunos se lo contradijeron, no quiso otra mayor certidumbre, ca el tiempo descubre los secretos. Estaba Joan Marqués en un su lugarejo con ciertos soldados, veinte y cuatro leguas de Quito; espía con sus indios á Blasco Nuñez, y avisaba á Pizarro cada día. Nunca Blasco Nuñez supo de Pizarro, que fué grandísimo descuido, hasta Otavalo, nueve leguas de Quito, ó mas cerca, que se lo dijo Andrés Gomez, espía. Pizarro, dejando á Quito, se fué á poner real cuatro leguas de la ciudad, á par del río Guailabamba, en lugar fortísimo, por seguridad, y por impedir ó vencer allí al enemigo. Blasco Nuñez entendió el intento, reconoció el sitio, hizo muestra de subir, mandando bajar al río alguna gente; encendió muchos fuegos para desmentir los enemigos, y fuése á prima noche por lugares asperísimos y sin camino; anduvo toda la noche con gran diligencia, y á mediodía entró en Quito, que sin guarnición estaba. Informado de la gente y fortaleza de Pizarro, temió él y su ejército. Aconsejábanle el adelantado Sebastian de Benalcázar, el oidor Juan Alvarez, y otros, que se entregase á Pizarro con ciertos buenos partidos. Blasco Nuñez, respondiendo que mas quería morir, y animando á los soldados, fué contra Pizarro con mas ánimo que prudencia; ca si en Quito se fortificara, se defendiera, á lo que dicen; pero él no quería que le cercasen, por no ser preso y muerto, sino pelear en campo, por salvarse si vencido fuese; ordenó desta manera su gente: puso todos los peones en un escuadron, dejando algunos arcabuceros sobresalientes, que trabasen la escaramuza; y encomendólos á Juan Cabrera, su maestre de campo, y á los capitanes Sancho Sanchez de Avila, Francisco Hernandez de Cáceres, Pedro de Heredia, Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero. Hizo de los caballos dos escuadrones: el mayor y mejor tomó él, y dió el otro á Cepeda de Plasencia, y á Benalcázar y á Bazán. Pizarro siguió aquella misma orden, porque la reconoció primero. Tenia setecientos españoles; los docientos eran arcabuceros, y los ciento y cuarenta de caballo: puso á la mano izquierda, delante, á Guevara con sus arcabuceros, y luego los piqueros, tras quien iba el licenciado Cepeda, Gomez de Albarado y Martín de Robles con hasta ciento de caballo, los mas principales de la hueste. Llevaron la mano derecha Juan de Acosta, con arcabuces, y tras él los piqueros, y al cabo el licenciado Carabajal, Diego de Urbina, Pedro de Puelles, que capitaneaban cada trece ó cada quince de caballo. Cubrió Pizarro por esta forma la caballería con las picas, que fué ardido, y estúvose quedo. Blasco Nuñez, que traía cólera, comenzó la pelea. Jugaron sus arcabuces los pizarristas, y mataron muchos contrarios, y entrellos á Juan de Cabrera, á Sancho Sanchez y al capitán Cepeda. Desatinaron con esto los de caballo, y juntáronse todos con el Virey, y juntos arremetieron al escuadron del licenciado Carabajal, y rompiéronlo, derribando algunos; y Blasco

Núñez derrocó á Alonso de Montalvo, zamorano. Viendo esto arremetió á ellos el escuadron de Cepeda por detrás de su infantería, y como los tomó de través, fácilmente los desbarató. Huyeron, viéndose perdidos; siguiéronlos Cepeda, Albarado y Robles, y no se les fué hombre dellos, si no fueron Inigo Cardo y un Castellano; mas después trajeron de Pasto al Castellano y lo ahorcaron, y al Inigo Cardo mató el licenciado Polo en los Charcas. Húbose Pizarro con los vencidos piadosamente; no mató sino á Pedro de Heredia, Pero Bello, Pero Anton, Inigo Cardo, que lo dejaron por el Virey; fué también fama que dieron yerbas al oidor Juan Alvarez, con que murió. Desterró á cuantos pensaba que le serian contrarios, por no matarlos, como algunos se lo aconsejaron; y después se arrepintió. Soltó á los demás, y ayudó con armas y dineros á muchos, como fué Sebastian de Benalcázar, para volver á su gobernacion de Popayan, no mirando á lo que habia hecho contra su hermano Francisco Pizarro, que se le alzó; así que ni la batalla ni la vitoria fué cruel, ni murieron más de cinco ó seis de los de Pizarro. Hernando de Torres, vecino de Arequipa, encontró y derrocó á Blasco Nuñez, y aun en el alcance, segun algunos, sin conocerlo; ca llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe á confesar Herrera, confesor de Pizarro, como lo vió caído: preguntóle quién era, que tan poco lo conocia; díjole Blasco Nuñez: «No os va en eso nada; haced vuestro oficio.» Temíase alguna crueldad. El caballo en que peleó tenía catorce clavos en cada herradura, por do pensaron muchos que quisiera huir viéndose desbaratado. Un soldado que fuera suyo lo conoció y lo dijo á Pedro de Puelles, y Puelles al licenciado Carabajal, para que se vengase. Carabajal mandó á un negro que le cortase la cabeza; porque Puelles no le dejó apearse, diciendo ser bajeza; y el mismo Puelles tomó la cabeza, y la llevó á la picota, mostrándola á todos. Dicen que le pelaron las barbas algunos capitanes, y las guardaron y trajeron por empresa. Pizarro mandó llevar á casa de Vasco Xuarez, que era de Avila, el cuerpo y la cabeza, como supo que estaba en la picota, y otro día lo enterraron honradamente; y trajo luto Pizarro. También pagaron después en dinero la muerte del Virey á sus hijos los que le mataron.

Lo que Blasco Nuñez dijo y escribió á los oidores.

Decia muchas veces Blasco Nuñez que le habian dado el Emperador y su consejo de Indias un mozo, un loco, un necio, un tonto por oidores, y que así lo habian hecho, como ellos eran. Mozo era Cepeda, y llamaba loco á Joan Alvarez, y necio á Tejada, que no sabia latin. Desde Panamá comenzaron á estar mal los oidores y el Virey sobre si era su superior ó no, y sobre la manera del proveer cosas de justicia y gobernacion, á causa que unas provisiones hablaban con presidente y oidores, y otras con solo el Virey. Trajo Joan Alvarez su amiga, que de Castilla llevaba, del Nombre de Dios á Panamá en hamaca, y enojóse del Virey porque se lo afeó. Libraron pleitos, soltaron y prendieron hombres, sin ser recibidos por oidores; y Joan Alvarez tuvo en Trujillo á un caballero sobre un asno, y le diera cien

azotes, sino por buenos rogadores. Cargaban indios de su ropa sin pagarlos, contra las ordenanzas. Porque Alonso Palomino, alcalde ordinario de Sant Miguel, no se apeó y acompañó á Joan Alvarez, fué reprehendido y aun afrentado de palabra. Comieron muchos días á costa de sus huéspedes, hombres ricos y que se habian de reformar, por sus excesivos repartimientos, como era Cristóbal de Búrgos; y aun echar del Perú los cristianos nuevos, conforme á una provision del Emperador. Decian por el camino que no eran justas las ordenanzas, y que no las pudo hacer el Rey con derecho, ni ejecutar el Virey, y que no valia nada cuanto sin ellos hacia, por mas que lo autorizase con el nombre del Emperador. Salíanse al campo á tratar contra el Virey, como que iban á pasarse, porque no les impidiese él la congregacion. Nunca holgaron que hubiese concordia entre Blasco Nuñez y Gonzalo Pizarro, ni firmaron de buena gana el perdón y seguro, que llevó el provincial dominico, para los que se pasasen al Rey; ni el que pidió Baltasar de Loaisa, porque exceptaba á Pizarro y al licenciado Carabajal y á otros pocos, diciendo que semejantes delitos solo el Rey perdonarlos podia. Loaban á don Diego de Almagro, porque se habia puesto en otro tanto como Gonzalo Pizarro, cuyo partido justificaban. Dejaronse sobornar de Benito Martin, capellan de Pizarro, y pidieron cada seis mil castellanos de salario por año, si no, que no harian mas audiencia de cuanto durase el de 44. Oían pleitos sobre indios antes y después de haber prendido al Virey, contra la cédula, ordenanza y voluntad del Emperador; diciendo que no podian negar justicia á quien la pedia. Tomaron á Blasco Nuñez todas sus escrituras, por se aprovechar de las que hablaban con presidente y oidores. Pidió Blasco Nuñez el guion, estando preso, porque no lo podia traer sino virey y capitan general, y Cepeda dijo que lo habia él menester, pues era gobernador presidente y capitan general. Estas y otras cosas escribió al Emperador Blasco Nuñez, y ellos mismos confirmaron muchas dellas con los desatinos que hicieron, segun la historia cuenta. Aunque tambien decian ellos que no podian sufrir la recia condicion de Blasco Nuñez, que los apocaba y ultrajaba de palabra, y que no le mandaron prender; y que no lo soltaron, pensando acertar á servir mejor al Emperador, y que no pudieron hacer al con Gonzalo Pizarro, que los matara. Pero no fueron tan creídos, con el fin que tuvieron los negocios, como fué Blasco Nuñez en la carta que escribió al Emperador con Diego Alvarez Cueto, su cuñado, desde Túmbez.

Que Gonzalo Pizarro se quiso llamar rey.

Nunca Pizarro, en ausencia de Francisco de Carabajal, su maestre de campo, mató ni consentió matar español sin que todos ó los mas de su consejo lo aprobasen, y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con prisiones que no cargasen indios, que era una de las ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar á los indios su hacienda por fuerza y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asimismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar á los indios la doctrina cristiana,

so pena de privacion del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del Rey, diciendo que así lo hacia su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente, y que pues ya no habia guerra, muerto Blasco Nuñez, que sirviesen todos al Rey, porque revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernacion, y aun Gasca dijo después que vió los mandamientos, que gobernaba bien, para ser tirano. Este buen gobierno duró, como al principio dije, hasta que Pedro de Hinojosa entregó la armada á Gasca, que fué poco tiempo; que después muy al revés anduvieron las cosas; ca escribieron á Pizarro, Francisco de Carabajal y Pedro de Puelles, que se llamase rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al Emperador, sino tener muchos caballos, cosules, tiros y arcabuces, que eran los verdaderos procuradores; y que se aplicase á sí los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos, sin merecellos, llevaba. No le pesó desto á Pizarro, ca todos querrian ser reyes; mas no osó declararse por rey, aunque muchos otros lo acosaban por ello, á causa de algunos grandes amigos suyos que se lo afeaban; ó por esperar que viniesen Carabajal de los Charcas, y Puelles de Quito, que eran los que lo habian de hacer. Entonces no salia nadie del Perú sin su licencia, ni sacaba oro ni plata sin perder la vida. Mataban sin justicia ni confesion; quitaban las vidas por las haciendas; quitaron los derechos de la escobilla á Cobos, que valian treinta mil castellanos. Unos decian que no darian al Rey la tierra si no les daba repartimientos perpetuos; otros que harian rey á quien les pareciese, que así habian hecho en España á Pelayo y Garcí Jimenez; otros que llamarian turcos, si no daban á Pizarro la gobernacion del Perú, y soltaban á su hermano Fernando Pizarro; y todos, en fin, decian cómo aquella tierra era suya, y la podian repartir entre sí, pues la habian ganado á su costa, derramando en la conquista su propia sangre.

De cómo Pizarro degolló á Vela Nuñez.

Hizo Pizarro justicias de tres vecinos de Quito, que seis meses habia estaban condenados por el licenciado Leon; cuyos repartimientos y mujeres dió luego á otros, segun dicen algunos. Otros que loan su clemencia, lo niegan. Ordenó las cosas de aquella ciudad y territorio, y fué á los Reyes como cabeza del Perú, para residir allí y gobernar todo lo demás. Tres leguas antes de llegar á Lima, donde le hiciera grandes fiestas don Antonio de Ribera, lo alcanzó Diego Velazquez, mayordomo de Hernando Pizarro, con cartas de Pedro de Hinojosa, y de otros capitanes que estaban en Panamá; en las cuales le avisaban el vencimiento de Verdugo y la venida de Gasca. Alababa mucho Hinojosa á Gasca en dos cartas, y ofreciase á sacarle lo que traía, por mas llamado ni astuto que fuese, con buenos medios que ternia; y si no trujese lo que les cumplia, que lo mataria de presto. Estas cartas destruyeron á Pizarro, que se confió y descuidó, teniendo su negocio por hecho, ó con firmeza de Hinojosa, ó con partido que hiciera; ca ciertamente, si Hinojosa le escribiera que obedeciera á Gasca, lo hiciera; porque ya él estaba de-

terminado á ello por consejo de sus capitanes y letrados, que podian mucho con él, en ausencia de Francisco Carabajal; así que, confiado de Hinojosa, no temia revés ninguno de la fortuna ni hacia caso de Gasca; sino que todo era fiestas, juegos de cañas y pasatiempos, aunque con atencion al gobierno. Acusaron en este tiempo á Vela Nuñez, hermano del Virey, y cortáronle la cabeza. El trato salió de Juan de la Torre. Tenia Joan de la Torre mas de cien mil castellanos en barrillas y tejuelos de oro limpio, y un cofre de esmeraldas finas que habia habido de los indios por su gentil astucia, sin les hacer mal; ca les halló una riquísima sepultura y tesoro. Deseaba venirse á España con ello, y no se atrevia por Pizarro, ó por no confiarse de nadie. Trató el negoció con Vela Nuñez, para que se fuesen ambos en un navío de Pizarro. Sobrevino en esto la nueva que iba Pero Hernandez Paniagua con despachos de Gasca, en que hacia gobernador á Pizarro, y acordó de vender á Vela Nuñez por ganar la gracia de Pizarro; y para mas engañarle, puso en poder del guardian de Sant Francisco veinte y cinco mil castellanos, y juróle sobre una hostia consagrada, delante el mismo fraile, de no lo descubrir; ca Vela Nuñez se recelaba mucho de lo que fué; y dende á tres ó cuatro dias lo dijo á Pizarro. El le mandó que continuase el trato para saber quiénes eran con Vela Nuñez. Prendieron algunos, que con tormento confesaron el negoció, y degollaron á Vela Nuñez sin darle tormento, que lo tuvo en mucho, y mas aína que muchos querian, á persuasion del licenciado Carabajal, que le temia por haber usado de crueldad con su hermano Blasco Nuñez.

Ida del licenciado Pedro Gasca al Perú.

Como el Emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas y la prision del virey Blasco Nuñez, tuvo á mal el desacato y atrevimiento de los oidores que lo prendieron, y á deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro; mas templó la saña por ser con apelacion de las ordenanzas, y por ver que las cartas y Francisco Maldonado, que Tejada muriera en la mar, echaban la culpa al Virey, que rigorosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicacion, y tambien porque le habia él mismo mandado ejecutarlas, sin embargo de apelacion, informado ó engañado que así cumplia al servicio de Dios, al bien y conservacion de los indios, al saneamiento de su conciencia y augmentacion de sus rentas. Sintió, eso mesmo, pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania y cosas de luteranos, que mucho lo congojaban; mas conociendo cuánto le iba en remediar sus vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Nuñez bravo, sin secreto, y de pocos negocios; finalmente, quiso enviar una raposa, pues un leon no aprovechó; y así, escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo de Navaregadilla, del consejo de la Inquisicion, hombre de muy mejor entendimiento que dispusicion, y que se habia mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia.